

## «Necesitamos un pueblo».

### Genealogía de las Misiones Pedagógicas

María García Alonso

Antes de los años veinte del pasado siglo, en los que surgen en México las primeras misiones de carácter laico, promovidas por José Vasconcelos y su Campaña de Alfabetización, las palabras *misión* y *misionero* eran asociadas necesariamente con la prédica cristiana. Todavía era así en la España rural en 1931.

La parroquia, de hecho, seguía siendo la verdadera escuela de adultos. En torno al 40% de la población española en su conjunto y cerca de la mitad de la infantil era analfabeta, pero las iglesias se llenaban los días festivos y los sermones de los párrocos orientaban la vida cotidiana de los pueblos. El espacio más destacado de las cartillas escolares aún pertenecía a las explicaciones sobre el catecismo.

Las Santas Misiones se habían intensificado en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, debido a la amenaza que suponía la proliferación en el campo español de movimientos revolucionarios y liberales, radicalmente anticlericales. La Iglesia enviaba a esta empresa a los predicadores más notables, buscando con ello encauzar de nuevo las conciencias erradas, en especial las campesinas, distraídas en devaneos socializantes que nada tenían que ver con la vida ultraterrena y ponían en peligro un estado de cosas que favorecía por igual al clero y a las clases dominantes.

La estructura básica de la predicación misional era la siguiente. Los misioneros (normalmente dos frailes) eran enviados a una zona por el obispo, o requeridos por algún párroco que necesitara de un refuerzo espiritual.

Allí invariablemente iba a recibirlos, incluso fuera de la población, el clero local —párrocos y coadjutores—, las autoridades civiles y las fuerzas vivas —propietarios agrarios—, a quienes acompañaban los niños y niñas de las escuelas locales, perfectamente organizados, luciendo en ocasiones escapularios y entonando cánticos devotos. Tras éstos, un grupo más o menos numeroso de fieles, según el grado de descristianización de la zona.<sup>1</sup>

Las actividades de la misión se prolongaban durante una semana: sermones, procesiones, misas, confesiones y, en los momentos de mayor fervor religioso, se podía llegar a la acción directa contra los incrédulos o, en su caso, contra su producción intelectual. En 1890, por ejemplo, una misión en Gaucín (Málaga) acabaría con un acto en el que «se han recogido y arrojado al fuego más de cincuenta volúmenes, entre libros y folletos, cuya doctrina impía y obscena había producido no poco perjuicio en algunas almas incautas»<sup>2</sup>.

La oposición a estas predicaciones en los círculos progresistas era también apasionada. «Si algunos misioneros —diría el periodista José Carlos Bruna a propósito de las misiones en Málaga— tienen el encargo de hacernos retroceder a los pasados siglos inspirándonos miedo con los fantasmas de antros infernales, el misionero de la verdad, de la justicia y de la civilización, tiene el deber de combatir cuantas trabas se opongan a estos tres grandes principios.»<sup>3</sup>

Las misiones católicas continuaron sin interrupción incluso durante el quinquenio republicano, a menudo solapándose con otro nuevo tipo de misioneros que, en nombre de «la verdad, de la justicia y de la civilización», aparecía cargado con libros, gramófonos y extraños instrumentos ópticos. Éstos llegaban en un autobús repleto de cajas a modo de vendedores ambulantes. A veces iban a lomos de mulas como si entraran en Jerusalem, pero sus palabras sonaban muy distintas a las de los padres de la Iglesia. Al principio, las gentes no sabían cómo acoger a los visitantes y reproducían el mismo esquema ya aprendido de conducta ante los evangelizadores, aunque eran ahora los maestros los que orquestaban la participación popular. Desconfianza, alegría, desconcierto eran sus primeras impresiones. La llegada de estos nuevos «predicadores» era anticipada por el rumor de que eran «gentes de la República», vagamente relacionados con el Gobierno pero, en realidad, los vecinos desconocían quiénes eran y cuáles eran sus verdaderas intenciones. ¿Serían toreros? ¿Feriantes? ¿Titiriteros? En algunos casos su fama les precede: «A nuestra llegada, el pueblo, que está en fiesta, nos rodea y nos dice: “¡Aquí están los Republicanos!” “¡Vienen a hacernos la función!” A pesar de los esfuerzos del inspector y de los maestros nos reciben un poco como a una compañía de circo»<sup>4</sup>.

## ESTRATEGIAS PARA CREAR UN PUEBLO

Tras el desastre de 1898, en que los españoles despertaron de su sueño de conquista, muchos fueron los intelectuales que especularon sobre las raíces del mal de España. Algunos, como Costa, buscaron hombres que pudieran dirigir la transformación de un Estado que se desmoronaba; otros, como Giner de los Ríos, centraron su atención en el pueblo. «Necesitamos un pueblo» —diría—, siguiendo el mismo razonamiento que años después, tras la revolución rusa, emplearía Lunacharski, primer Comisario para la Instrucción Pública:

Desde el primer momento sabíamos lo que queríamos. El esfuerzo revolucionario que acabábamos de hacer resultaría estéril si al mismo tiempo no provocábamos una profunda revolución en la mentalidad y en los espíritus. Nuestro programa era muy sencillo. De un lado, había que transformar aquellas masas incultas, cuya ignorancia había sido cuidadosamente cultivada en los tiempos del zarismo. Había que liquidar esa herencia... Y, por otra parte, había que preparar las futuras generaciones para que ellas fuesen en su día el más firme sostén de la República Soviética.<sup>5</sup>

Las Misiones Pedagógicas nacen en un momento de gran complejidad en la vida política y cultural española. España acababa de hacer su pequeña revolución sin sangre con el apoyo masivo de los núcleos urbanos y la oposición de la población rural. El decreto que legaliza su actuación tiene fecha de 29 de mayo de 1931. Es, por tanto, una de las primeras iniciativas de la recién estrenada Segunda República. Según esta ley, el Gobierno «estima necesario y urgente ensayar nuevos procedimientos de influencia educativa en el pueblo [...]. Se trata de llevar a las gentes, con preferencia a las que habitan en localidades rurales, el aliento del progreso y los medios de participar en él, en sus estímulos morales y los ejemplos del avance universal, de modo que los pueblos todos de España, aun los apartados, participen en las ventajas y goces nobles reservados hoy a los centros urbanos». Y añade: «Hay en este propósito, además del beneficio que la enseñanza nacional puede recibir, el deber en que se halla el nuevo régimen de levantar el nivel cultural y ciudadano, de suerte que las gentes puedan convertirse en colaboradores del progreso nacional y ayudar a la obra de incorporación de España al conjunto de los pueblos más adelantados. Con ello también se contribuirá a valorar y

desenvolver virtudes raciales de dignidad y nobleza que han influido de manera decisiva en el establecimiento de la República mediante la admirable manifestación de espontánea y ejemplar ciudadanía».

Estas Misiones dependerían del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes y su sede se encontraría en el Museo Pedagógico. Estarían dirigidas por un patronato, que estuvo hasta su muerte presidido por Manuel B. Cossío, y una Comisión Central de la que formaron parte, entre otros, Domingo Barnés, Luis A. Santullano, Rodolfo Llopis, Antonio Machado, Luis Bello, Pedro Salinas, Ángel Llorca y Óscar Esplá. Ellos serían los responsables de la elección de nuevos colaboradores, de la selección de rutas a seguir y del nombramiento de delegados locales, que organizarían sus estructuras para asegurar la expansión misionera.

Los instrumentos que se utilizarán para esta empresa serán de tres tipos. Para fomentar la cultura general, se creó un Servicio de Bibliotecas, fijas e circulantes (en las que participaron María Moliner, Juan Vicens, etc.) y, para estimular el gusto por la literatura, se realizaban en los pueblos lecturas de romances, poemas y relatos breves. También se crearon las siguientes secciones itinerantes: el Coro (dirigido por Eduardo M. Torner), el Teatro del Pueblo (organizado por Marquina y después por Alejandro Casona), el Museo Ambulante (explicado por Sánchez Barbudo, Ramón Gaya, Luis Cernuda, etc.), la Sección de Cine, con un cinematógrafo manejado por José Val del Omar, el Retablo de fantoches (a partir de la improvisación en la misión a Galicia de Rafael Dieste) y un Servicio de Música (seleccionada por Óscar Esplá) que prestaba gramófonos y discos de pizarra.

Para apoyar la cotidiana tarea pedagógica, se realizarían visitas a las escuelas rurales, con el fin de conocer sus necesidades más acuciantes, lecciones prácticas y excursiones educativas que dotaran de mayores recursos teóricos y metodológicos a los maestros.

Por último, era necesario reforzar la educación ciudadana por medio de reuniones públicas y conferencias en las que se debatieran los nuevos principios políticos que dirigirían el país: la democracia, el sufragio universal, la estructura del Estado republicano, etc.

Los tres objetivos que desarrolla el decreto de creación de las Misiones (fomento de la cultura, apoyo a las escuelas y educación ciudadana) consensuaban los intereses de

los intelectuales, los maestros y los políticos. En estos momentos en los que se está redefiniendo el estatus de la educación popular, la ley podía satisfacer sobre el papel las aspiraciones de los diferentes sectores involucrados en el proceso de reforma.

Como mostraría la Constitución que se promulgó en diciembre de ese año, la República, para ser viable, debía exigir al pueblo español una nueva conciencia de sí mismo. En primer lugar el Estado quedaba definido como «una República democrática de trabajadores de toda clase». Esta afirmación no era en modo alguno obvia. Había muchos españoles que, por distintos motivos, no tenían conciencia de pertenecer a una clase trabajadora, como por ejemplo la amplia mayoría de la población femenina o gran parte de los pequeños propietarios rurales que, aunque tan pobres como los obreros de las fábricas, se levantaban cada día con el orgullo de cultivar su propia tierra. Aún vivían en el «equivoco de considerarse como propietarios, siendo antes que nada trabajadores» y había que hacerles comprender «que su vida vale tanto como la de los demás hombres y que no es peor que la de los “señoritos”»<sup>6</sup>.

En esta España de los años treinta había también otros *equivocos*, producidos por el desconocimiento mutuo entre las distintas regiones españolas y, sobre todo, entre las diferentes clases sociales. Un nuevo concepto de justicia social quedaba explícitamente reflejado en el artículo 25.º de la Ley Magna: «No podrán ser fundamento de privilegio jurídico: la naturaleza, la filiación, el sexo, la clase social, la riqueza, las ideas políticas ni las creencias religiosas. El Estado no reconoce distinciones ni títulos nobiliarios». El papel, por ejemplo, de la mujer en la vida pública había dado un paso de gigante. Por primera vez en la historia española las mujeres eran consideradas ciudadanas, se reconocía su derecho al voto y podían trabajar en cualquier empleo según su mérito y capacidad. Entre las dificultades a las que se enfrentaba la República no era la menor convencer a estas votantes primerizas de que ellas también tenían voz política. La estratégica presencia de mujeres en las misiones podría explicarse por el reconocimiento de la valía intelectual de personas como María y Matilde Moliner o Carmen Conde, pero también por la necesidad de encontrar misioneras que pudieran demostrar a sus compañeras de sexo, de manera práctica, que era posible la igualdad entre los géneros y la independencia de pensamiento. Y que pudieran hacerlo mientras las acompañaban en su cotidiana labor de costura o calceta, sentadas al sol, a la puerta de sus hogares.

El disfrute de la cultura se había convertido en un derecho y asegurar su democratización era una atribución esencial del Estado. La gratuidad de los servicios prestados por las misiones a las poblaciones llenaría de estupor a su público. Tampoco ayudaba a aclarar esta imagen el papel de *obreros de la civilización* que representaban los jóvenes que se preparaban para actuar: «no se eleva demasiado nuestro prestigio ante el pueblo viéndonos maniobras en trabajos penosos: instalaciones del material de luces, abrir cajones, colocar bancos, etc»<sup>7</sup>. «Se trataba de un “espectáculo gratuito”, y sin duda por esto se atrajo el desdén adinerado de los grandes tratantes y las señoras. Pero no faltó en cambio la gente humilde, que rodeó a las Misiones de atenciones y cariño.»<sup>8</sup>

No siempre era así. Los pueblos tenían un fino olfato para detectar lo que no pertenecía a su clase y en ciertos lugares no ocupaban los improvisados asientos que se les habían preparado para ver más cómodamente la función. En algún sitio debía estar el truco y quizás el cobro llegara por la ocupación del espacio, como entendió perfectamente un avisado vecino que cortaba troncos y los alquilaba para servir de apoyo a los espectadores hasta que fue descubierto por los responsables de la misión. También a su manera misioneros y aldeanos representaban escenas propias de un sainete: «Todo carísimo, a veces hasta un extremo indignante. Como adivinaban que el dinero era del Estado, en un pueblo, Silván, por dos tortillas, un desayuno y dormir en una cuadra, hubimos de pagar 55 pesetas»<sup>9</sup>.

Al margen de estos problemas de cotidiana convivencia, «dar de balde» era para el Patronato parte de su proyecto de justicia social y sus colaboradores eran especialmente sensibles a este asunto. «La biblioteca —dirá un participante en la misión a La Cuesta y El Carrascal (Segovia)— es la primera generosidad de que gozan en este pueblo. Nunca llegó allí objeto alguno. Y yo he puesto mucho cuidado en que la Misión haya resultado regalo total: he pagado la luz y he dado propina a los alguaciles» (MPMP, pág. 49).

#### **EL PROBLEMA DE LA CULTURA POPULAR**

Otro malentendido, que afectaba directamente a la labor de las misiones pedagógicas, era producido por el distinto concepto que intelectuales y aldeanos tenían de lo que era y no era *cultura*, y el papel que desempeñaba el pueblo en la creación de la misma. Decía Santos Juliá, a propósito del discurso de los escritores reformistas del XIX,

que «los literatos, huyendo metafóricamente de la ciudad, en la que la masa había dado ya muestras de su presencia horrible, salieron al campo y no encontraron más que “pueblos opacos y sórdidos” y una raza doblada por la resignación, el dolor, la sumisión, la inercia ante los hechos, la idea abrumadora de la muerte.»<sup>10</sup> La proclamación de la República había significado una evidente muestra de la voluntad de cambio, pero el talante de las variadas descripciones encontradas en los informes de los misioneros delata la existencia de distintas sensibilidades e interpretaciones de la realidad campesina, tanto entre los organizadores como entre los receptores de esta acción cultural. Sería absurdo negar que existiera pobreza en el campo español, pero la humildad de las gentes es sentida de manera diferente por aquéllos que entendían el progreso como la necesidad de *urbanizar* las costumbres campesinas y los que intentaban comprender su modo alternativo de pensamiento y organización.

Para algunos misioneros, no existía una cultura popular propiamente dicha que debiera ser valorada. Las aldeas eran lugares prístinos, carentes de todo conocimiento de la vida, que permanecían tristes y aisladas del verdadero saber, ignorantes de su propia deformidad. Sus cuerpos estaban enfermos —el bocio aparece en varias de las rutas visitadas—, y sus trajes eran antiguos y poco higiénicos<sup>11</sup>.

Eran, además, comunidades donde la superstición impedía el progreso, manteniendo a sus habitantes sujetos a una existencia atávica cuya miseria había que erradicar. Muchos creían en brujas y tenían terror a las ánimas. Los misioneros, deliberadamente, desafiaban sus miedos y transgredían sus normas: «Mandamos pregonar que después de comer pueden bajar los que quieran al lugar de unos nogales que hemos elegido junto al barranco. Los hombres que vienen con las caballerías arrancan algunas ramas de nogal y las arrojan al sol, para conjurar el maleficio de la sombra de estos árboles. En toda esta región oímos que la sombra del nogal es mala»<sup>12</sup>.

La siguiente descripción, sacada del informe sobre la Misión a Navas del Madroño (Cáceres) (MPMP, pág. 37), compendia las sensaciones que los herederos de la idea regeneracionista de pueblo percibían de los lugares visitados:

La impresión que se recoge de estos pueblos es de que existe en ellos una virginidad, de que se hallan por primera vez ante muchas cosas. Gentes infantiles que ahora despiertan

después de un sueño de siglos y para quien es todo inédito, nuevo. Una avidez inmensa de saber, de enterarse de las cosas del mundo y de la vida.

Es de notar el género de ignorancia en que se hallan estos pueblos. Es una ignorancia distinta de la que un observador ingenuo pudiera creer. No se trata de ignorancia de verdades particulares, de falta de noticias, de estar enterados al día de acontecimientos más o menos recientes; es algo distinto. Lo que ellos ignoran es toda esa serie de supuestos de nuestra cultura, los cimientos que sustentan y hacen posible nuestro saber. Por eso la primera y más angustiosa impresión que de ellos se recibe es que falta el terreno común para entenderse; que no hay, intelectualmente, convicciones comunes de donde partir.

A falta de terreno común teórico, suple el que sí lo hay sentimental y espiritual. Desde el primer instante hemos sintonizado con ellos; hemos vibrado acorde, hemos sentido junto. Y esta atmósfera cordial es la que hace posible la Misión, la que hace que ellos escuchen atentos y adivinen lo que no entienden y que nosotros intuyamos de qué cosas debemos hablarles y con qué tono, con qué palabras y con qué voz.

Otra nota de extraordinario interés es la situación política. Existe una gran tensión, un vivo apasionamiento en torno a los problemas políticos, sociales y religiosos. Pero, en contra de lo que pudiera creerse en el primer momento, no existe un estado relativamente fijo de opinión, sino un pensamiento exaltado siempre, pero cambiante y contradictorio. La ignorancia mezclada con el apasionamiento (envenenamiento en algunos casos) hace que toda discreción sea necesaria. Y así, al explicarles la película “Granada”, que daba motivo para hablar del descubrimiento de América y de la unidad de España, era imposible nombrar a los Reyes Católicos. Tampoco pudimos recitar un romance acerca de la Virgen María, ni fue posible la audición de un disco de Canto Gregoriano.

Esta afirmación sobre la poca madurez política de los campesinos españoles se contradice con el relato de la actividad en la Misión a La Cuesta y el Carrascal (Segovia) (MPMP, pág. 47), probablemente escrito por Pablo de Andrés Cobos:

Fui a ver al maestro y fuimos los dos a ver al médico, que se ofreció para hacer todo lo que le mandáramos. Fuimos los tres a ver al cura. “Si no estorbo —nos dijo—; porque ya sabe usted que ahora...” El cura fue a la mayor parte de las sesiones, nos oyó interpretar el laicismo de la República y cuando terminó la Misión se quedaba leyendo “El Emilio”, de la biblioteca de las Misiones. Visité a los concejales, uno por uno, en los barrios, y les expliqué mi viaje al amor de la lumbre. Y he aquí una buena lección para los que niegan inteligencia a los campesinos. Lo que yo les pedía era que citaran a la gente a la primera



sesión, y me dijo uno de los concejales: “No, mire, primero reuniré a los vecinos y les diré de lo que se trata, porque vienen ahora algunos por aquí para formar sociedades y no se vayan a creer que es una cosa de esas.” Este y otros muchos casos nos lleva a la afirmación de que las Misiones son tan útiles para los que las dan como para los que las reciben. No es poco que los misioneros traigan a Madrid el descubrimiento de la inteligencia de los aldeanos. Pero es que descubren otras muchas cosas que se pueden resumir en el ver el campo como es, si es que tienen vista. Y esto es cosa que puede influir no poco en todas las direcciones. Aun hoy que ya se conoce mucho mejor, son tantos los descubrimientos a hacer en el campo que para la masa ciudadana resulta todavía una revelación.

La experiencia misionera de algunos participantes, como el propio Pablo de Andrés Cobos o Rafael Dieste, partía de supuestos muy distintos a los apuntados al hablar de la visita a Navas del Madroño (Cáceres). Las actuaciones en las misiones significaban para ellos la exaltación del *mito de la cultura* —como vivencia de la creación híbrida, compartida y espontánea—, «que era sentido en estos días de convivencia y acercamiento mutuo como en ningún otro momento», aunque inevitablemente se produjeran «algunas veces determinadas actitudes de recelo frente a la Misión, por encarnar ésta, para algunas personas, el símbolo de algo con lo cual se sienten resentidos.»<sup>13</sup>

La positiva valoración del sentir campesino parte de su consideración como auténtica alma de la cultura, traicionada por los valores urbanos. Su curiosidad e ingenuidad no nace de la ignorancia, de su existencia en un mundo vacío de conocimientos, sino de su pertenencia a una distinta tradición cultural que se enfrenta con el placer del descubrimiento de lo diferente, como en el caso de los niños de Tamajón: «Los niños lo aceptan todo con una naturalidad asombrosa, y, sin deslumbrarse, buscan con interés de aprendizaje las causas; siguen con atención una película, pero también se interesan, acaso más, por el manejo del aparato, cómo se pone la película, cómo se gradúa la luz y la velocidad; sienten junto a la alegría de ver el goce de comprender» (Misión a Valdepeñas de la Sierra, MPMP, pág. 34). Juan de Mairena, *alter ego* de Antonio Machado, coincide con esta consideración: «Tenemos un pueblo maravillosamente dotado para la sabiduría, en el mejor sentido de la palabra; un pueblo a quien no acaba de entontecer una clase media, entontecida a su vez por la indigencia científica de nuestras universidades y por el pragmatismo eclesiástico, enemigo siempre

de las altas actividades del espíritu. Nos empeñamos en que este pueblo aprenda a leer, sin decirle para qué y sin reparar en que él sabe lo poco que nosotros leemos»<sup>14</sup>.

Ciertamente era ilusorio pensar que los hombres y mujeres de las aldeas no atesoraran también su bagaje cultural. Como diría Luis Bello, añadiendo un toque de crítica a un informe que le solicitaron para estudiar la posibilidad de una acción en Casarabonela (Málaga), «yo comprendo muy bien el enorme interés que para nosotros tiene la enseñanza de adultos y comparto la profunda preocupación de don Manuel B. Cossío [...]. Entraríamos sin embargo, en los linderos del heroísmo si lográramos que uno entre diez hombres maduros, iba a decir uno entre ciento, que se sujetara a la disciplina de un niño de escuela. Yo le he oído decir a un maestro viejo: “No hay que dejar que se les junten las fontanelas”. Lo que se les junta, mejor dicho, lo que se les redondea hasta la perfección es su sistema de vida y del universo, un universo sin letras, sin una sola letra escrita, pero no menos vasto que el del profesor Einstein» (MPMP, pág. 59).

Los miembros del Patronato de las Misiones Pedagógicas también discrepaban. Incluso entre Cossío y Santullano existía una diferencia de matiz en cuanto a la valoración del aislamiento de los pueblos. Para el primero era un aislamiento privativo, que había provocado el recelo ante cualquier novedad y la cerrazón de las mentes, «último límite de la penuria espiritual». Sólo a través de la libre comunicación de las ideas es posible el progreso, ya que para él la cultura es una creación colectiva, universal y transnacional. Santullano, aunque comparte con Cossío la convicción de que es necesario llevar los beneficios de la *civilización* al campo español, no considera que la vida retirada de las aldeas haya sido la causante de su «penuria intelectual»: «La aldea vivía así su vida, probablemente no habría sacado sino ventajas de tal aislamiento, propicio a la afirmación de la personalidad rural, ni inferior ni superior a la personalidad urbana, si la ciudad con sus exigencias y también con sus encantos, no hubiese venido a turbar la paz campesina. Poco a poco, la aldea, siguiendo la ley fatal se vio arrastrada espiritualmente, impulsada hacia concepciones y necesidades extrañas a la tradición y al medio, que desde ese momento hubo de aparecer como cosa ingrata a los ojos del campesino»<sup>15</sup>. Resumiendo: las poblaciones visitadas por las misiones no eran tanto lugares prístinos a los que no había llegado nunca la cultura, sino comunidades desestructuradas que habían perdido su propia identidad grupal.

Un ejemplo de esa existencia de arrabal urbano que tenían algunos pueblos en proceso de *reubicación cultural*, duramente censurada e incomprensida en las memorias enviadas al Patronato, lo encontramos en Puebla de la Mujer Muerta (Madrid), donde un grupo de mozos quiso corresponder a los visitantes cantándoles una ronda. «Constituyó para nosotros uno de los espectáculos más extraños que jamás hemos contemplado: llevaban como instrumentos un triángulo, que golpeaban monótonamente para acompañar la canción —si así podemos llamar a una especie de aire de jota castellana muy tosca que canturreaban con voz ronca—, una balanza cuyo papel efectivo en la orquesta no pudimos comprobar, así como tampoco el de una cubierta de automóvil. Tañían también una vihuela primitiva y otro instrumento que no recordamos. Sin duda trataban de hacernos un homenaje, para lo cual iban aquellos hombres provistos de los elementos más raros y significativos del lugar. La cubierta de automóvil la usaban para fabricar abarcas. Así del automóvil como del cine, de la ciudad y de otras cosas tenía esta pobre gente una idea remota, que correspondía a los despojos de la civilización que allí llegaban. La gente se manifestaba resentida y desesperanzada.» (MPMP, págs. 39-40).

#### **EL MODESTO SALDO DE LAS MISIONES PEDAGÓGICAS**

Existía una contradicción, quizás intencionada, en los mensajes que el pueblo podía recibir de los misioneros. Por un lado, el cine y las conferencias científicas les hablaban del mundo moderno que se estaba construyendo al margen de ellos. Por otra, se les recitaban romances viejos, canciones que en algún momento surgieron de un sentir popular y habían sido olvidadas, mezcladas con la nueva poesía de Juan Ramón, García Lorca o Antonio Machado, que reinterpreta los motivos de anónimos poetas anteriores. Santullano, al explicar el sentido de las misiones, afirma que «lo que se pretende es que el campesino, sin desligarse de la tradición, halle el modo de dar un sentido moderno a su existencia en el lugar apartado. [...] Ha de partirse del momento actual y ayudar a que despierten, desenvuelvan y perfeccionen, siguiendo la propia línea de actuación los gérmenes y energías raciales que en otro tiempo produjeron las bellas y simples manifestaciones de arte popular que hoy admiramos, y que, dentro de un ambiente favorable, puedan cuajar un día en un estado de cultura, interesante, original y plena.»<sup>16</sup>

Sois nuestro pasado, nuestra inspiración —parecía decir con esto—, aprended a ser nuestro futuro.

En las aldeas las gentes eran sensibles a estos mensajes. «La poesía les produce un extraño respeto, traducido en el silencio más hondo de la sesión; la sienten en totalidad, sin análisis, y la aplauden con calor, raramente la comentan. La música, aun la que para ellos es desconocida, les despierta ecos, la acompañan con movimientos de cabeza, se unen inmediatamente a ella. El cine les divierte y les deslumbra, desata el chorro de los comentarios; todos hablan y todos imponen silencio a los demás. De la poesía prefieren la lírica a la narrativa, y de los romances los de sabor villanesco a los heroicos y maravillosos. De la música prefieren la voz humana a la instrumental. Del cine les interesa más lo conocido que lo exótico; les deslumbra la aparición de una gran ciudad, pero si en una ventana de la gran ciudad aparece un gato, les alegra la aparición del gato. Y sobre todo el cine fantasista de dibujos, que nunca comprenden bien la primera vez» (Misión a Valdepeñas de la Sierra, Guadalajara, febrero 1932<sup>17</sup>).

Un gato en una ventana de celuloide hacía verosímil la ilusión de ser protagonistas de la alta cultura. La ciudad podía ser un engaño, pero el gato sin duda era real. Era idéntico al que se sentía bufar detrás de los ratones en la bodega y, sin embargo, allí estaba: convertido en arte. Este milagro se completaría cuando los misioneros comenzaran a rodar imágenes de las tierras y las gentes visitadas. «Entonces [en 1932] se impresionó una película en esta comarca, la cual ha habido ocasión de proyectar en las sesiones de esta segunda misión en los pueblos donde interesaba conocerla. Dicha película fue acogida con alegría maravillada; su propio ambiente, sus paisajes, sus tipos y fiestas, vistos en la pantalla, causaron un asombro y un gozo a aquellas gentes, difícilmente explicable: el gozo de reconocerse, de revivir la vida con la sorpresa de ver encuadrado un paisaje por donde sus ojos resbalaron tantas veces sin advertir su ordenación de cuadro.»<sup>18</sup>

Las misiones pedagógicas no eran más que una pequeña cesura en el ritmo de las estaciones. Marcaban para los pueblos un momento arbitrario para el disfrute de la belleza ajeno al ciclo agrícola de la vida. Para Cossío, la cultura era, como el juego, «un refugio contra las asperezas del duro vivir y hasta un consuelo de sus iniquidades», una de las pocas esferas de la actividad «que a nada útil conduce; aquélla en que todo el producto se resuelve en placer, y aquella en la cual necesariamente, si falta la libertad,

falta su esencia».<sup>19</sup> En las ciudades los estímulos sensoriales y el disfrute de lo bello — en definitiva la emoción laica—, se producen de un modo desordenado, sin pautas. Se van «atesorando en cada momento, día tras día, sin saberlo, de un modo libre y ocasional, en libros, periódicos, conversaciones, trato familiar y amistoso, en el comercio humano con espíritus superiores, en los espectáculos, en los viajes, en la calle, en el campo».<sup>20</sup> Para suplir esas carencias, las misiones deben tener, como principal propósito, «despertar el afán de leer en los que no lo sienten, pues sólo cuando todo español, no sólo sepa leer —que no es bastante—, sino tenga ansia de leer, de gozar y divertirse, sí, divertirse leyendo, habrá una nueva España»<sup>21</sup>.

Cossío había aplicado a su proyecto misionero el espíritu de los estatutos de la Institución Libre de Enseñanza: «Esta Institución es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político, proclamando únicamente el principio de la libertad e inviolabilidad de la Ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto a cualquier otra autoridad que no sea la de la conciencia». Este espíritu distingue a las Misiones de cualquier otro movimiento europeo contemporáneo de pedagogía popular y se convierte en el campo de batalla principal de sus detractores.

Ciertamente una infraestructura cultural semejante había sido ya puesta en juego en la Rusia soviética, en especial a través del cine-tren. El importante papel del arte como herramienta de propaganda ideológica fue magistralmente explicado en un artículo de Lunacharski, escrito en torno a 1922<sup>22</sup>:

Si la revolución puede dar al arte un alma, el arte puede darle a la revolución su boca.

¿Quién no conoce la fuerza de la propaganda? ¿Qué es la propaganda, en qué se diferencia de la clara pero algo fría publicidad, de la exposición objetiva y metódica de los hechos y de construcciones lógicas?

La propaganda se distingue de la publicidad en que ante todo inquieta los sentimientos de quienes la oyen o la leen, e influye directamente sobre su voluntad. Por decirlos así, caldea el contenido del mensaje revolucionario y le obliga a resplandecer con todos los colores.

¿Puede existir alguna duda de que cuanto más artístico sea el mensaje más fuerza tendrá su actuación? ¿Acaso no sabemos que el orador artista, el artista publicista

encuentra con mucha mayor rapidez el camino del corazón que el hombre falto de fuerza artística?

Conocemos esto perfectamente, y el gran propagandista colectivo, el predicador colectivo que es el Partido Comunista debe proveerse de todos los medios del arte, que de esta forma se convertirá en poderoso sostén de la propaganda. No sólo las pancartas, sino también, en una forma menos fugaz pero poseyendo más profundas ideas, los cuadros y las esculturas pueden resultar, por así decirlo, el medio patente para la asimilación de la verdad comunista.

El teatro ha sido llamado con tanta frecuencia gran tribuna, gran cátedra para la divulgación, que no vale la pena detenernos aquí en esta cuestión.

La música siempre ha jugado un importantísimo papel en los movimientos de masas: los himnos y las marchas son pertenencia indispensable de éstos. Sólo hay que desarrollar la fuerza mágica de la música y dar a sus orientaciones el más alto grado de determinación. [...]

Las formas del arte que han surgido en época reciente, como por ejemplo el cinematógrafo, y en parte la rítmica, pueden ser utilizados con enormes resultados. [...] La fiesta popular adornará con todas las artes del marco que la circunda, y este marco sonará con música y coros, expresará sus sentimientos e ideas con espectáculos en tablados, con canciones y declamación de poesías en distintos lugares, y con una multitud alborozada que lo juntará luego todo en una acción general.

Lunacharski, estrecho colaborador de Lenin, ocupó el Comisariado de Instrucción Pública de la URSS hasta 1929, cuando comenzó su labor en la diplomacia internacional. Murió en 1933 cuando se dirigía a ocupar su cargo de embajador soviético en España. Este puesto refleja de manera fidedigna la importancia que, dentro del marco internacional, se daba a la «revolución pedagógica» española, quizás necesitada ante los ojos comunistas de un mayor compromiso político.

Pero la oposición más radical al desarrollo de las Misiones provenía de los partidos conservadores.<sup>23</sup> Además de ser eminentemente laico, el proyecto misionero era especialmente vulnerable por su carácter antiprofesional y, en palabras de Cossío, «antipedagógico». En cierto sentido, el adjetivo «pedagógicas» sirvió para establecer un baremo erróneo con el que juzgar a las misiones, ya que hicieron pensar a los maestros que debían circunscribirse al ámbito escolar y a otros profesionales, como médicos, arquitectos o técnicos agrícolas, que se convertirían en escuelas ambulantes de

capacitación. El objetivo de su patronato era menos ambicioso: se trataba más de despertar los sentidos de las gentes que de adoctrinarlos.

Los debates parlamentarios mostrarían lo peregrino de esta idea. Ya que el pueblo no tenía sensibilidad artística, ni interés por las actividades del espíritu que desbordaran los límites de lo religioso, era inútil cultivarlos. Ya que nunca alcanzarían la universidad no era necesario acercarles la ciencia. La cultura, que siempre había sido un «artículo de lujo», no merecía regalarse a quien no supiera valorarla. Y las cifras se inclinaban a su favor. Este remedo de *escuela de juglares*, formada por jóvenes en diferentes etapas de formación, no podía llegar a todos los pueblos, no podía permanecer en ellos, no dejaba a su partida un saldo de conversos o de afiliados que pudiera contabilizarse. Era una frivolidad que algunas ancianas a las que nadie había oído cantar en cuarenta años, animadas por la música de los gramófonos, sacaran los almireces y recordaran las canciones de su infancia. También lo era que una mujer de una aldea, que nunca había tenido un libro, no se acostase hasta terminar la novelita que llevó su marido. O que un montón de niños, absortos ante una pantalla cinematográfica, se acercaran a ella intentando tocar a unos animales que se les transparentaban en la piel. O que los hombres, tras una dura jornada de trabajo en el mar o en el campo, participaran en una sesión de títeres de cachiporra, disfrutaran del teatro, se admiraran de unos cuadros que parecían personas vivas pegadas al lienzo. «Nos acostamos felices —dirá un misionero—. Es muy posible que esta noche ellos sueñen con las playas del sur y nosotros con sus humildes chozas de barro y pizarra». Éste era el modesto saldo de las misiones: la posibilidad de soñar con el mundo del otro.

<sup>1</sup> Elías de Mateo Avilés: «Las santas misiones en la diócesis de Málaga durante el siglo XIX», en C. Álvarez Santaló, María Jesús Buxo y S. Rodríguez Becerra (coords.): *La religiosidad popular. II. Vida y muerte: la imaginación religiosa*. Barcelona, Anthropos, 1989.

<sup>2</sup> *Ibíd.*

<sup>3</sup> *Ibíd.*

<sup>4</sup> Misión a Navalcán (Toledo), 27 de enero a 1 de febrero de 1932. *Memoria del Patronato de las Misiones Pedagógicas (septiembre 1931- diciembre 1933)* [en adelante MPMP], Madrid, 1934, pág. 36.

<sup>5</sup> Rodolfo Llopis, «Pedagogía soviética. Hablando con Lunatcharski» en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, año LIV, núm 837, Madrid, 1930, pág. 19.

<sup>6</sup> Pablo de Andrés Cobos, en la Misión de La Cuesta y el Carrascal (Segovia) del 9 al 19 de diciembre de 1932, reflejaría esto en su informe: «Tuve algunos propósitos concretos en las conversaciones: [...] sacarles del equívoco de considerarse como propietarios, siendo antes que nada trabajadores (les hice la cuenta fácil de su economía: la propiedad del más rico, en renta produce 600 pesetas; la trabaja él mismo y obtiene 6.000 pesetas de producto; 5.400 es el precio de su trabajo [la barra de pan costaba una peseta]), darles confianza en el provenir de España.», MPMP, pág. 48.

<sup>7</sup> Misión a Navalcán, MPMP, pág. 36.

<sup>8</sup> Tamajón, Misión a Valdepeñas de la Sierra, MPMP, pág. 34

<sup>9</sup> Misión a La Cabrera, León, MPMP, pág. 41.

<sup>10</sup> Santos Juliá, «Regenerarse o morir: el discurso de los intelectuales», Catálogo de la exposición *Regeneración y reforma. España en los comienzos del siglo XX*. Madrid, Fundación BBVA, 2002, pág. 43.

<sup>11</sup> Entre las páginas escritas sobre la Misión Pedagógico Social en Sanabria (5 al 15 de octubre de 1934), proyecto piloto de intervención integral en una sociedad, se habla de la necesidad de modernizar las ropas infantiles como uno más de los nuevos hábitos de higiene que se quieren inculcar: «Ellos a su vez hacen lo imposible por agradarnos. Se lavan las manos, se peinan. Algunos niños se arriesgan a prescindir de la boina mugrienta, por lo menos en las horas de sol. Otros, excediéndose en el celo, llegan a presentarse con el pelo reluciente de aceite. Contra la boina, el moño de las niñas, los zapatones de madera herrada y las sayas y refajos hasta los pies, emprendemos una lucha prudente y según las circunstancias, para que no sea abstracta y resulte persuasiva. Al fin una niña aparece con el pelo cortado; está más bonita, más limpia, más niña». Patronato de las Misiones Pedagógicas. *Misión pedagógico-social a Sanabria (Zamora)*. Madrid, 1935.

<sup>12</sup> Misión a Manzanera, Teruel, MPMP, pág. 58.

<sup>13</sup> Misión a Galicia, MPMP, pág. 56.

<sup>14</sup> Cit. en José Luis Gómez-Martínez, «Antonio Machado: ética y poética», *Hacia el 98: Literatura, sociedad, ideología*. Barcelona, Ariel, 1972, pág. 263-264.

<sup>15</sup> Cit. en Eugenio Otero Urtaza, *Las misiones pedagógicas. Una experiencia de educación popular*. Sada, Ediciós do Castro, 1982, págs. 35-36.

<sup>16</sup> Otero Urtaza, *op. cit.*, pág. 14.

<sup>17</sup> MPMP, pág. 31.

<sup>18</sup> Misión a Horcajo de la Sierra, Madrid, MPMP pág. 50.

<sup>19</sup> Otero Urtaza, *op. cit.*, pág. 31.

<sup>20</sup> Introducción redactada por Cossío a la MPMP, pág. XII.

<sup>21</sup> MPMP, pág. 15.

<sup>22</sup> Anatoli V. Lunacharski, «La revolución y el arte», *Las artes plásticas y la política en la Rusia revolucionaria*. Barcelona, Editorial Seix y Barral, 1969, págs. 68-70.

<sup>23</sup> El cambio de signo político que se produce en 1933 rebaja drásticamente el presupuesto dedicado a las Misiones, que se ven obligadas a reducir sus actividades. La muerte en septiembre de 1935 de Manuel B. Cossío priva al Patronato de su principal ideólogo. En octubre de 1936, en plena guerra civil, se crea dentro del Patronato de Misiones Pedagógicas una Sección de Propaganda Cultural, que se encarga de organizar, dirigir y controlar todas las actividades culturales y artísticas. Forman parte de ella personalidades destacadas dentro del mundo de la cultura como el Director General de Bellas Artes, Manuel Sánchez Arcas (vicepresidente), Miguel Perla (secretario), Arturo Serrano Plaja (vicesecretario) y los vocales Rafael Alberti, Ramón J. Sender, Alejandro Casona, Rodolfo Halffter, Eduardo Martínez Torner... Utilizando esta plataforma, en 1937, se organizan las Milicias de la Cultura, por las que maestros y profesores son enviados para enseñar a los combatientes, y se constituye un Servicio de Difusión de la Enseñanza, que también dependía del Museo Pedagógico Nacional y que acogió a todo el personal de las Misiones. El fin de la guerra acabaría con ellas definitivamente.